



LA ÉCOLE POLYTECHNIQUE ANTE EL PENSAMIENTO ECONÓMICO CLÁSICO

Francisco Joaquín Cortés García

En los primeros lustros del siglo XIX, la incipiente economía política liberal inglesa/escolesa, junto con el pensamiento económico y social de los primeros sociólogos y economistas politécnicos, compartieron muchos aspectos y puntos de convergencia indiscutibles que eran básicamente consecuencia del estado general del conocimiento, de las opiniones, de las conciencias, de los *espíritus* y de las necesidades comunes de la época definida temporalmente como a caballo entre el siglo XVIII, es decir, el siglo de la Ilustración y de la Revolución francesas, y el siglo XIX, es decir, el siglo por antonomasia del desarrollo industrial, de la mecanización de la industria, así como de los acusados y convulsivos procesos de proletarización y urbanización que propiciarían la aparición de la denominada *cuestión social* y los diversos movimientos de raigambre socialista.

En concreto, entre dichos principios o puntos de convergencia entre el pensamiento asociado a la economía política inglesa/escolesa y el pensamiento económico y social politécnico, entre otros, podríamos citar los siguientes: la defensa de la sociedad industrial como un elemento civilizatorio capital; las bondades del *laissez-faire* fisiocrático; la conciencia de la existencia de un nuevo *excedente* industrial; la teoría del valor trabajo (en la concepción smithiana de *trabajo ordenado* y no de *trabajo incorporado*); etcétera.

Pero la metodología y la base *ideológica* que subyacían en ambas concepciones económicas de la realidad del momento histórico de los primeros politécnicos, génesis arborescente de nuestro *gradiente* ideológico actual, eran radicalmente distintas, por no decir opuestas. De hecho, de la concepción que la economía política inglesa/escolesa y que los sociólogos politécnicos tenían de los fenómenos revolucionarios, tanto el asociado al proceso revolucionario civil-político, como el propiamente industrial y tecnológico, nace una profunda brecha *ideológica* que durará hasta nuestros días, originando una multitud de variantes *ideológicas* con percepciones muy dispares del *universo* y de la realidad social; una multitud de escuelas, doctrinas y corrientes de opinión y pensamiento político y sociológico cuyas raíces se encuentran, sin lugar a dudas, en esta *gran bifurcación* histórico-genealógica de las ideas y del pensamiento que se produce a finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX: por un lado, nos encontramos con la tradición de la economía política inglesa y la Ilustración escocesa, especialmente orientada desde el punto de vista económico al mercado y a la democracia como libre concurrencia de los agentes económicos, y, por el otro, la tradición de la *École Polytechnique*, es decir, la tradición del pensamiento politécnico que arraiga en la Ilustración francesa, orientada a la producción y a la organización/planificación económica de la sociedad.

La sociedad de los economistas políticos clásicos del liberalismo individualista inglés/escocés pretendía ajustarse al modelo de organización propio de la naturaleza, en consonancia con la tradición filosófica iusnaturalista y *centrífuga*, precisando la existencia de una sociedad inconsciente, autorregulativa, *autopoiética* y espontánea. En concreto, los economistas políticos clásicos hallan en la sociedad un orden económico natural y en perfecto equilibrio autoajutable a través de la ley de la oferta y la demanda, es decir, de la ley del mercado libre; frente a una sociedad consciente, *centrípeto* y planificada desde el punto de vista económico y productivo, es decir, la sociedad que idearon los sociólogos, ingenieros y científicos politécnicos, vinculada a la teoría de la tecnocracia y de la *ingeniería social*, a la aparición de la sociología y a la estrecha alianza entre el poder político y el conocimiento científico. De hecho, el socialismo posterior retomará de forma inequívoca la idea de la tecnocracia politécnica, así como la concepción técnica de la sociedad que irá unida al propio nacimiento de la sociología¹. Se puede decir, en consecuencia, que es inseparable la historia del socialismo de la propia historia de la sociología, como lo es igualmente la historia del liberalismo de la historia de la economía política.

Una tradición se corresponderá con la exaltación del valor subjetivo en el ámbito social y económico, es decir, del *individualismo metodológico*, y la otra, la de los sociólogos politécnicos, se corresponderá con la búsqueda de la objetividad en los fenómenos sociales y económicos (el denominado *colectivismo metodológico*). Serán dos enfoques distintos, como hemos dicho, abiertamente enfrentados, acerca del *proyecto humanista* que nace con la Modernidad europea, y que derivarán de sendas concepciones ilustradas, es decir, de las propias concepciones asumidas en torno a la relación entre conocimiento y libertad (autodeterminación kantiana) y en torno al autoconocimiento o autoconsciencia, procesos inequívocos de todo desarrollo y proceso ilustrados. Los fenómenos revolucionarios de finales del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX vendrán a radicalizar y extremar dichas posturas relativas al concepto de Ilustración, o proyecto de la Razón, que subyacen en la dispersión ideológica que se ha ido produciendo en el orden de las ideas, y en concreto en el orden de las ideas sociales y económicas, desde los albores de la *École Polytechnique* hasta nuestros días.

Las reflexiones respectivas sobre la industria y el trabajo en el nuevo *ordo* social postrevolucionario, a los que las dos tradiciones de pensamiento económico y social definidas aquí dan una importancia extrema, serán un punto de arranque crucial para la interpretación de la gran *bifurcación* ideológica contemporánea que se abre, por un lado, a partir del pensamiento económico clásico y el nacimiento de la economía política; y, por otro, a partir del pensamiento politécnico y del nacimiento de la sociología: la línea genealógica relativa a la *autopoiésis* liberal, y la línea genealógica relativa a la planificación económico-social socialista.

1 BRAVO, P. (1998): «Introducción» a AAVV: *Socialismo premarxista*, selección de textos premarxistas realizada por Pedro Bravo Gala, Tecnos, Madrid, pág. XIX.



En efecto, para el conjunto de los economistas, científicos, ingenieros y sociólogos politécnicos, el trabajo tenía un claro sesgo *moral*, de raigambre malthusiana, y netamente *fenoménico*, en tanto que, para la tradición general de la economía política clásica, tenía un valor *esencialista* y *nouménico*, en ciertos aspectos con resabios *escolásticos*. No obstante, en Jean-Baptiste Say, el ideólogo francés que llegara a ser el gran sistematizador del pensamiento económico de Adam Smith, con un planteamiento no menos escolástico, el valor adquiere un carácter hedónico y subjetivista, y no tanto factorial, como querían los propios maestros Adam Smith y David Ricardo; el valor se desplaza a la utilidad, a la satisfacción del consumidor, siendo irrelevante el valor de uso en un mundo sometido constantemente a los intercambios y a los flujos económicos y comerciales.

Por su parte, en el ámbito del pensamiento politécnico, el trabajo es lo que se opone al ocio –*otium*– como categoría moral, de ahí que se plantee como superada la concepción del mismo, es decir, del trabajo, como un castigo o sanción divinos impuestos a los hombres por una acción transgresora relacionada con el oráculo veterotestamentario de la *Caída*. Se concibe de forma inequívoca que el progreso de las sociedades radica esencialmente en el trabajo y en la industria, entendiendo ésta como la generalización y sustantivación del trabajo *total* y *ordenado*, es decir, el trabajo en combinación armoniosa y productiva con el capital, los nuevos bienes de equipo y las nuevas tecnologías susceptibles de ser incorporadas al proceso productivo, creando nuevos valores industriales y nuevas demandas de consumo. Para los economistas políticos clásicos de la escuela inglesa/escocesa la indagación en torno al trabajo es básicamente *esencialista* porque buscan las raíces y los orígenes del valor (económico), su esencia y la esencia última de la riqueza.

En definitiva, para los sociólogos politécnicos el trabajo es un concepto bruto que implica la superación de la ociosidad y de las *manos muertas* (moral), y, por consiguiente, de la explotación del hombre por el hombre; en tanto que para los economistas políticos clásicos es un concepto neto y sobre el que más tarde se detendrá Marx a conciencia a través de su reflexión en torno al concepto central e idea revolucionaria de *plusvalía*. Las dos componentes clásicas del producto nacional que serán utilizadas posteriormente de forma recurrente, el empleo y la productividad, serán recogidas expresamente por el pensamiento politécnico como pilares de la nueva era y de la nueva sociedad industrial: aplicación de las nuevas tecnologías, con el subsecuente incremento de la productividad, y eliminación de las clases pasivas o clases ociosas, permitiendo el incremento del empleo factorial total.

Este choque conceptual enfrentará en lo sucesivo a las dos concepciones *ideológicas* de forma extrema: la organización social del trabajo (la utopía) y el centralismo político serán la respuesta de una (el trabajo regulado); la libre concurrencia y el *laissez-faire* serán la respuesta de la otra (el trabajo espontáneo y concurrencial, *esencialista*). Ambas concepciones concedieron una importancia sin igual al trabajo y al industrialismo, pero los enfoques y premisas en los que se apoyaron eran radicalmente diferentes. Para los sociólogos y economistas politécnicos sólo el trabajo *cuantitativo* crea riqueza y prosperidad; por su parte, para los *economistas* clásicos

cos sólo el trabajo *cuantitativo* crea valor, aunque siempre dentro de la concepción smithiana de trabajo *ordenado*. No obstante, las dos tradiciones hablan de un trabajo *ordenado*, organizado y puesto en valor por el capital. La distribución de la riqueza, la circulación y los flujos financieros, fiduciarios y económicos serán los aspectos fundamentales de la división del trabajo y de la especialización productiva, así como el origen de la colaboración y de la armonía y la paz sociales que requerían las sociedades postrevolucionarias.

Desde el punto de vista de la vinculación entre economía y sociedad, los economistas políticos tienden a identificar ésta con el mercado, y es la *necesidad*, como diría Mandeville, el basamento de la sociedad civil (sic)², el fundamento último de la socialización. Para los sociólogos politécnicos y su visión industrialista, constructivista, fiscalista y técnico-ingenieril de la sociedad, por el contrario, ésta no se identifica con el mercado sino con la fábrica, con la factoría industrial que es capaz de organizar y ordenar la fuerza de trabajo de forma óptima según los nuevos criterios de especialización; la sociedad no se basa, por tanto, en la *necesidad/deseo* sino en la *capacidad/producción* como punto arquimédico explicativo.

La ciencia social en el ámbito de la economía política smithiana debe centrarse en el estudio de *las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas intencionadas*, en tanto que en el ámbito del pensamiento politécnico la ciencia social se convierte en una ciencia programática y en una ciencia para la organización de la producción económica y social, y, por supuesto, para la producción de la libertad y de la *civilidad*. El *desconocimiento* y la *nescencia constructiva* del agente económico se convierten en la garantía de la competencia, del mercado y de la libertad para la economía clásica y para el pensamiento austriaco; por el contrario, para el constructivismo politécnico y su concepción *arquitectónica* de la ciencia (social), es el conocimiento (la *hybris* hayekiana intelectualista radicalizada a partir de la experiencia ilustrada del setecientos) la garantía de la sociabilidad, del equilibrio económico, de la paz social y de la civilidad.

En efecto, si el *conocimiento* es la garantía de los flujos económicos para los politécnicos, para los economistas clásicos, por el contrario, es el *desconocimiento*, la garantía de que todos los agentes no tienen el mismo grado de conocimiento (no hay flujo sin gradiente) y, por consiguiente, recurren al intercambio. La *nescencia austriaca*, considerada como un auténtico activo social para la salvaguarda de la libertad, así como la propia actitud *nesciente* de los economistas políticos clásicos, no es, hablando *metafóricamente*, sino la raíz del concepto de hombre económico precio-aceptante, la raíz de la imposibilidad de optar a un punto privilegiado (el monopolio) desde donde observar los intercambios comerciales y condicionar artificial y arbitrariamente la conformación de los precios de los bienes económicos que precisamente se intercambian en los distintos mercados existentes.

2 MANDEVILLE, B. de (1924): *The fable of the bees, or private vices, public benefits*, Clarendon Press, Oxford, 1924, pág. 350.



Sin lugar a dudas, la ciudad juega un importante papel en la conformación del mundo contemporáneo en el último cuarto del setecientos y en el primer cuarto del ochocientos, especialmente por el acusado proceso de urbanización y proletarización asociado a la Revolución industrial. Para los ilustrados escoceses la ciudad *civil* se opone a la ciudad *proletarizada* (la ciudad-fábrica) del industrialismo politécnico, constituyéndose ésta en la base de las utopías postilustradas. La ciudad en el pensamiento escocés es una condición para las aspiraciones de libertad, una limitación *constitucional* del poder: el «burgo libre» de Ferguson no representa sino la ciudad como limitación del poder regio. Por el contrario, para el pensamiento politécnico la ciudad no es la representación de la libertad, sino del poder, de la capacidad y de la producción económica. Ante la necesidad de un obrero desarraigado, la industria se vincula definitivamente a la ciudad, un nuevo medio para ejercer la influencia y para hacer converger el poder financiero y el poder político con el poder industrial.

Pero estas dos tradiciones intelectuales que venimos describiendo no son solamente el origen de la proliferación ideológica de los dos siglos siguientes, sino que también están en la base de la construcción de dos disciplinas científico-sociales: la economía política y la sociología.

El origen del distanciamiento metodológico y de perspectiva sobre el objeto científico, que existe en la actualidad entre la economía y la sociología, habría que localizarlo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, es decir, en la época de la construcción o emancipación *científica* de dichas disciplinas que se concibieron con dos talentos radicalmente distintos en el ámbito de la interpretación y justificación de los fenómenos sociales: un enfoque basado en la espontaneidad institucional mandevilleana y en la crítica de la razón, y otro enfoque basado en el constructivismo, en la ordenación y centralización del poder político diluido por la nueva *lógica* industrial y la crisis de la sociedad traccional, en la euforia racionalista, en el espíritu fáustico, y, más adelante, en la *cuestión social*.

Los orígenes de las dos disciplinas se fundamentan básicamente en estos pilares, constituyéndose en las claves para entender el progreso y desarrollo metodológicos de ambas a lo largo de los dos siglos siguientes a partir de que se enunciaran definitivamente como saberes o disciplinas protocientíficas o positivas. Los acelerados procesos de industrialización, urbanización y de creación de un *excedente* social serían los hechos que motivarían la interpretación genuina de cada una de las nuevas disciplinas sociales. En concreto, la aparición del socialismo, que busca sus raíces más profundas en la tecnocracia politécnica/saintsimoniana y en la esperanza científica, sólo pudo darse en un momento concreto de la historia, es decir, cuando aparece el nuevo *excedente* industrial.

En efecto, la Revolución industrial fue uno de los pilares sobre los que se asentó el desarrollo ideológico contemporáneo de Occidente, básicamente en la transformación motriz del calor y su aplicación económico-productiva; el hecho o acontecimiento económico y social decisivo para la intelección e interpretación de la *díspora* ideológica y disciplinar (la economía política por un lado, la sociología politécnica y *positiva* por el otro) que se producirá en nuestro

más inmediato *hábitat* intelectual y que planteaba un problema novedoso: quién debe apropiarse del nuevo *excedente* industrial y cómo distribuirlo de forma equitativa y justa; en definitiva, cómo construir la paz social en las nuevas sociedades postrevolucionarias.

En buena medida, y desde un punto de vista genealógico de raigambre foucaultiana, gran parte de la dispersión ideológica de Occidente desemboca, retrocediendo en la perspectiva histórica, en un fenómeno que en apariencia tiene sólo efectos económicos o productivos, pero que, sin duda, utilizando la terminología marxiana, también tiene efectos superestructurales (*ideológicos*) e importantes efectos sobre las *relaciones de producción*: nos estamos refiriendo a la Revolución industrial. Ésta, a todas luces, no fue un fenómeno histórico inocuo desde el punto de vista intelectual o ideológico, pues las múltiples interpretaciones que se hicieron de ella desarrollaron importantes revisiones morales, nuevas utopías postindustriales y concepciones ideológicas de la vida social y económica radicalmente enfrentadas. Como ya hemos advertido, un ejemplo de dicho enfrentamiento intelectual, en muchos aspectos radicalizado, es la interpretación que hicieron la tradición liberal de la economía política, por un lado, y la interpretación social y sociológica de los sociólogos, ingenieros y utopistas politécnicos por el otro.

En este sentido, el distanciamiento entre las dos disciplinas sociales o *demográficas*, es decir, la economía política inglesa y escocesa, por un lado, y la sociología politécnica por el otro, parece claro y evidente. La economía política nacía, fiel a la Ilustración y a la concepción intelectual escocesa (David Hume), con una fe propedéutica, metodológica y doctrinal en el individuo, con el rechazo que manifestara Isaiah Berlin, expresado precisamente en una conferencia que impartió en Londres en mayo de 1953 sobre Auguste Comte, de las fuerzas impersonales y de las grandes leyes de la historia que desproveen al individuo (al que considera una realidad abstracta frente a la *realidad* de la sociedad) de su capacidad de actuar y de su más básica responsabilidad, de aquellas reglas generales del ámbito social cuyo descubrimiento constituía para Adorno el objeto último de la ciencia sociológica.

Y, por el contrario, la sociología, a través de los ingenieros y sociólogos politécnicos, lo haría con una fe, igualmente ciega, en el saber *instrumental*, es decir, en el saber como instrumento al servicio del poder, en la planificación social y en la *metodología colectivista* (frente al individualismo lógico y metodológico), en la búsqueda de un consenso y una unidad necesarios ante una nueva forma de *entropía* social y de dispersión que aparecía en el preciso momento en que comenzaban a relajarse los lazos religiosos que vertebraban y mantenían unida a la sociedad tradicional: la división del trabajo, el nacimiento de la opinión pública, el mecanicismo/maquinismo, la libre concurrencia, las primeras prácticas democráticas contemporáneas, el acceso amplio a la formación y al conocimiento, etcétera.

No obstante, gran parte del esfuerzo divulgador de la nueva ciencia económica, es decir, de la economía política, se debe a los fisiócratas y economistas continentales que convivieron con el desarrollo de la Ilustración francesa y del espíritu enciclopédico. Hablamos, naturalmente, de los principales representantes de este movimiento: de Quesnay, de Paul Pierre Mercier



de la Rivière, de Pierre Samuel Du Pont de Nemours, del marqués de Mirabeau, de Nicolas Baudeau, de Guillaume François Le Trosne, etcétera: «La ciencia de la economía política pronto empezó a ocupar todas las mentes. Se publicaron excelentes obras sobre este importante asunto, y un sistema coherente fue su resultado. Había enciclopedistas, pronto hubo *economistas*: el espíritu filosófico y el espíritu administrativo se apoyaron mutuamente y juntos hicieron rápidos progresos»³. Los *economistas* a los que se refiere Senac de Meilhan en este párrafo son, obviamente, los antedichos fisiócratas (*les économistes*). De igual modo, en el ámbito de los intercambios y préstamos intelectuales que vendrían a producirse, la *Encyclopédie* continental tomó prestada la idea del proyecto editorial de la enciclopedia británica de Chambers⁴ que se publicara en 1728.

El conde de Saint-Simon y los pensadores politécnicos, por tanto, no eran ajenos a los avances que se estaban produciendo, sobre todo desde el punto de vista metodológico y propedéutico, en el ámbito de la economía política clásica. De hecho, conocían la obra económica y moral de Adam Smith (un tardofisiócrata, como Saint-Simon era un tardoilustrado), la obra de Jean-Baptiste Say (del que fue contertulio en su casa), así como la de Charles Comte y la de Charles Dunoyer, los célebres liberales y defensores del *laissez-faire*, así como editores de *Le Censeur* y *Le Censeur Européen*.

Tanto en Jean-Baptiste Say (no así en Adam Smith) como en el conde de Saint-Simon se recoge la idea de la sociedad, o el conjunto de la economía, como un auténtico *atelier*, como una gran fábrica o un gran taller en el que los ciudadanos son los obreros. Jean-Baptiste Say, frente a Smith, «señala igualmente que la crucial especialización del trabajo no se da simplemente *dentro* de la fábrica (como en la famosa fábrica de alfileres de Smith) sino que abarca toda la economía, y constituye el fundamento de todo intercambio entre productores»⁵. No obstante, esta aproximación circunstancial de una visión sinécdoquica de la fábrica y el conjunto de la sociedad/economía entre el pensamiento de un politécnico y de un *ideólogo* tiene obviamente matices distintos e intransferibles, pero en ambos se vislumbra la división del trabajo como un fenómeno suficientemente omniexplicativo de la sociedad y de la economía contemporáneas.

Sin lugar a dudas se produjeron ciertas idas y venidas, especialmente emprendidas por el conde de Saint-Simon y los saintsimonianos, hacia y desde el elenco *ideológico* y disciplinar que estaba desarrollando la economía política clásica inglesa/escocesa. El conde de Saint-Simon, y en general los pensadores politécnicos, eran perfectos conocedores de la economía política inglesa y escocesa, de sus preocupaciones y de las soluciones que plantearon sus economistas en relación a los problemas más generales y acuciantes que presentaba la sociedad de la época.

3 SENAC DE MEILHAN y BARNAVE A. (1990): *Dos interpretaciones de la Revolución francesa*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, pp. 10-11.

4 CHAMBERS, E. (1728): *Cyclopædia: an universal dictionary of the arts and sciences*, 2 vols. London.

5 ROTHBARD, M. N. (2000): *Historia del pensamiento económico. La economía clásica*, volumen II, Unión Editorial, Madrid, pág. 44.

De hecho, como advierte Emmanuel de Witt, Saint-Simon «professait pour Adam Smith una admiration profonde et il se plaisait à rendre fréquemment hommage au “père de l'économie politique”. D'ailleurs, l'Angleterre, en general, jouissait à cette époque d'une grande vogue chez nous et les moeurs anglaises, les doctrines anglaises, étaient à l'ordre du jour»⁶. En este sentido, como decimos, hubo muchos *préstamos* metodológicos y doctrinales, especialmente desde la economía política hacia la incipiente ingeniería social, física social o sociología; pero, eso sí, claramente esporádicos e inconexos, como igualmente lo fue la obra del conde de Saint-Simon, y que por sí solos no podrían producir un acercamiento de las dos ramificaciones *ideológicas* o un retroceso en la brecha en el pensamiento político, social y económico que se trasladará al mundo contemporáneo a través de múltiples variantes y *mutaciones* ideológicas, unas de carácter utópico o *redentor*, y otras de carácter mucho más pragmático, plausible o realista.

La raíz de esta escisión, tanto ideológica como disciplinar, como se puede advertir, se halla en los diferentes positivismos y racionalismos que se dieron en ambas orillas del Canal de la Mancha. Como advierte Friedrich A. Hayek, «el liberalismo de la Revolución francesa no se basaba, desde luego, en la comprensión del mecanismo del mercado alcanzada por Adam Smith y los utilitaristas, sino en la ley natural y en la interpretación racionalista-pragmática de los fenómenos sociales, que es esencialmente pre-smithiana y cuyo prototipo es el contrato social de Rousseau. Ciertamente, gran parte del contraste, que con el conde de Saint-Simon y Auguste Comte se convirtió en antagonismo, con la economía clásica, se remonta, en el tiempo, a las divergencias existentes entre Montesquieu y Hume, Quesney y Smith, Condorcet y Bentham. Los economistas franceses que, como Condillac y J. B. Say, siguieron sustancialmente la misma tendencia que Smith nunca ejercieron una influencia sobre el pensamiento francés comparable a la que Smith ejerció en Inglaterra. Consecuencia de ello fue que la transición desde la más antigua visión racionalista de la sociedad, que la consideraba como una creación humana consciente, a la visión más reciente, que pretendía recrearla sobre principios científicos, se realizó en Francia sin pasar por el estadio en el que, por lo general, se tomó conciencia de las fuerzas espontáneas de la sociedad»⁷.

Para Auguste Comte, la concepción positivista del espíritu científico nos prohibiría considerar a la sociedad como compuesta de individuos (sic), tal y como era entendida por los padres de la economía política; ni que ésta, la sociedad, o las tendencias sociales, sean resultado de consideraciones utilitarias. Comte atacaba la metodología de la economía política por ser inexplicativa, por ser parcial (no holística) y por no explicar el cambio social. Reprochaba a Adam Smith, como también lo hiciera con respecto a Aristóteles, que explicara exclusivamente la *estática social*, es decir, que esclareciera «algunos puntos concretos de la estática social, tales como la división del trabajo, la producción, la competencia, la función de la moneda. Pero Adam Smith, que no supo integrar sus descubrimientos en el conjunto de la vida social, esterilizó artificialmente la investigación de los fenómenos económicos al entregarse a discusiones

6 WITT, E. de (1902): *Saint-Simon et le système industriel*, Burt Franklin, New York, reprinted 1973, pág. 145.

7 HAYEK, F. A.: *La contrarrevolución de la ciencia*, Unión Editorial, Madrid, 2003, pág. 168 (pie de página).



escolásticas sobre el valor, la utilidad, el producto, como valores absolutos, e ignorando los problemas de la dinámica social»⁸.

Auguste Comte renegó absolutamente de los economistas políticos del otro lado del Canal en tanto que *perpetuistas*, en tanto que otorgaban un valor absoluto a las leyes y no eran capaces de explicar el cambio en las sociedades contemporáneas. Los consideró como ejercientes de una disciplina anticientífica, antifilosófica y antisociológica, aún metafísica, e incapaz de explicar o dar cuenta del *consenso social* o una idea superior de la unidad. Auguste Comte niega, como más tarde lo hará Marx, la abstracción del *homo economicus*⁹.

Para los saintsimonianos, y ciertamente para muchos de los ingenieros y científicos que eran considerados sus seguidores y adeptos, la doctrina de los economistas ingleses clásicos conducía a elevadas tasas de desempleo y a inaceptables e insoportables niveles de competencia. La intervención estatal resultaba fundamental para la búsqueda del equilibrio económico y social basado en la organización del trabajo, es decir, en la división del trabajo y en el industrialismo. En concreto, para Arago, uno de los científicos influenciados por Saint-Simon y el saintsimonismo, «l'intervention de l'État, sous le patronage d'industriels, d'artistes et de savants comme lui, était nécessaire pour faciliter la transition entre la production manuelle et la production mécanique, et il devait encourager toutes les formes de progrès pour voir s'améliorer, au bout du compte, les conditions de vie de toutes les classes»¹⁰.

No obstante, aquí sería preciso exponer un matiz importante con respecto a la función y al papel del Estado, si se nos permite el término, en las dos *ilustraciones*: la liberal y la politécnica. En efecto, para la economía política clásica, como advierte Emmanuel Witt, el Estado debe ser una estructura mínima (Nozick) y «ses attributions seront limitées à la police, la défense du territoire et l'exécution de grands travaux d'utilité publique. En Angleterre, ces grandes entreprises sont même presque toujours organisées par les particuliers. C'est alors la théorie de l'État-gendarme»¹¹.

El conde de Saint-Simon también reducirá a un mínimo el Estado convencional, pero lo hará de una forma sustancialmente diferente y verbalmente sutil. En el estado de civilización que él mismo preconiza en su construcción utópica, asociado a la industria y a la sociedad jerarquizada en función de la división del trabajo y la organización de los esfuerzos, «no existirá el gobierno de los hombres sino la administración de las cosas». El Estado también será un estado mínimo, pero la planificación será absoluta. Se produciría, sin duda, la muerte de la política y la entronización de la administración racional con ciertos resabios weberianos (la aparición de una nueva tecnocracia industrial).

8 GURVITCH, G.: *Los fundadores de la sociología contemporánea. Saint-Simon, Comte, Proudhon, Marx, Spencer*, Hacer Editorial, Barcelona, 2001, pág. 25.

9 GURVITCH, G.: *Los fundadores de la sociología contemporánea. Saint-Simon, Comte, Proudhon, Marx, Spencer*, Hacer Editorial, Barcelona, 2001, pág. 25.

10 McCAULEY, A.: "Arago, l'invention de la photographie et le politique", *Études photographiques*, nº 2, Mai 1997.

11 WITT, E. de (1902): *Saint-Simon et le système industriel*, Burt Franklin, New York, reprinted 1973, pp. 146-147.

La sociedad-fábrica y la nueva paz social harían innecesarias hasta las funciones del Estado mínimo liberal: no haría falta ni la policía ni el ejército cuando se tiene una industria, una industria unificada a partir de todas sus ramas, a través de los banqueros, que indiscutiblemente son otro grupo de industriales, y de las redes espirituales y materiales que vertebrarán la sociedad. Y una industria internacional que preludia la paz perpetua, pues permitiría la alianza de los industriales franceses, con los alemanes, con los ingleses, con los españoles, etcétera, buscando la escalabilidad absoluta a la que aspiraba el hombre fáustico polítécnico y el industrial burgués del ochocientos. El papel de los gobernantes se convertiría, sin lugar a dudas, en un papel superfluo e intrascendental cuando los sabios, los ingenieros, los científicos y los artistas dirijan y organicen el trabajo de la nueva sociedad-fábrica. Los liberales hablarán de una sociedad autorregulada, los politécnicos de una sociedad autoadministrada (autoorganizada) bajo criterios eminentemente científicos y tecnocráticos (la alianza entre el saber y el poder). En este sentido, así se expresará el conde de Saint-Simon: «aussitôt que le peuple se trouve en état de se conduire dans les affaires ordinaires de la vie, il n'a plus besoin d'être gouverné, et toute action de commandement exercée mal à propos tend à troubler l'ordre plutôt qu'à le maintenir»¹².

Como menciona Harold Laski, «Comte y sus discípulos rechazaban la idea liberal en nombre de una ciencia que, según su criterio, hacía de la incumbencia del Estado emprender la regulación de la vida social en interés de una comunidad orgánica superior en sus pretensiones a cualquier porción de sus miembros»¹³. En la base de la sociedad y de las ciencias sociales, en contra de la teoría y del análisis marginalistas, pilar fundamental, a su vez, de las ciencias sociales en la actualidad, no puede estar la utilidad de los individuos, en las fuerzas centrífugas que basan la libertad individual en la propiedad. Para Auguste Comte la sociedad adquirirá necesariamente una neta prioridad epistemológica y doctrinal (organicismo/finalismo) frente al individuo (mecanicismo/instrumentalismo) y otras atomizaciones o agregados intermedios: En la sociedad «las funciones *ejecutivas* del pensamiento y la estructura mental del hombre están determinadas, en parte al menos, por la estructura de la sociedad dentro de la cual se desenvuelven»¹⁴.

Tanto para el conde de Saint-Simon como para su discípulo Auguste Comte, la sociedad no es la suma de los individuos que la conforman, sino que se concibe como un organismo *biológico* formado por órganos mutuamente interdependientes y con funciones específicas. En el ámbito político, la sociedad-fábrica, la sociedad positiva, ha superado los conceptos clásicos de la teoría política (los mitos políticos), como el concepto moderno de soberanía, siendo sustituidos por nuevos conceptos racionales que arraigan asimismo en un nuevo republicanismo postrevolucionario en el que el límite del individuo está en el concepto de *capacidad* («à chacón selon ses capacités»), fundamental para entender la sociología saintsimoniana y el concepto industrialista de la división del trabajo: sin un concepto evolucionado de capacidad sería prác-

12 WITT, E. de (1902): *Saint-Simon et le système industriel*, 1902, Burt Franklin, New York, reprinted 1973, pág. 148

13 LASKI, H. J. (1953): *El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, pág. 205.

14 SCHUMPETER, J. A. (1996): *Socialismo, capitalismo y democracia*, Tomo I, Folio, Barcelona, pág. 168 (anotación al pie).



ticamente imposible construir una sociedad basada en la división del trabajo y en la eliminación definitiva de las clases ociosas, improductivas y rentistas, la clásicas “manos muertas” de la nobleza y el clero.

En el equilibrio entre la capacidad y la libertad, que no es sino el equilibrio entre la capacidad y la necesidad en muchos sentidos, se hallaría la esencia de la armonía social y el equilibrio de los órganos que conforman el organismo de la sociedad. Los efectos del *laissez-faire* y de la libre concurrencia resultaban netamente desvertebradores e injustos, por lo que muchos pensadores arbitraron mecanismos que contrarrestaran su inercia centrífuga y enfocada a la dispersión social. Hubo quien, como Lamennais, quiso «limitar el poder del individuo sometiéndolo a un marco de principios cristianos directamente emparentado con las ideas medievales»¹⁵. Otros, por su parte, como Sismondi y Buret, llegaron a ser «exponentes brillantes de una escuela que parecía tan horrorizada por los resultados sociales del *laissez-faire*, que contemplaban la idea de una Estado puesto al servicio de los desheredados».

Como hemos mencionado reiteradamente, Auguste Comte y los sociólogos e ingenieros politécnicos no ignoraron la economía política que estaba tomando cuerpo disciplinar y científico al otro lado del Canal de la Mancha. Al contrario, el que fuera secretario del conde de Saint-Simon, por ejemplo, toma como punto de partida los principios y descubrimientos de esta nueva disciplina en las revistas *L'industrie* o *Le Producteur*. De hecho, los saintsimonianos, a través de este último periódico de divulgación doctrinal, al que contribuyeron otros intelectuales como Allier, Blanqui, Buchez, Cercllet, Decaen, Laurent, Rouen, así como el propio Comte¹⁶, fueron mostrando su animadversión a los postulados liberales de la economía política inglesa y alejándose de la propia concepción que del liberalismo económico y del *laissez-faire* se había hecho Saint-Simon.

Esta radicalización en contra de los economistas liberales les llevó a concebir la libre concurrencia como uno de los principales obstáculos del progreso industrial por su carácter anárquico, *entrópico* y esencialmente belicista y licantrópico. De hecho, los saintsimonianos consideraban la libre concurrencia como un estado de guerra que se correspondería con otras épocas pasadas y ya superadas por las nuevas fórmulas de consenso, de sociabilidad y de sujeción política: la búsqueda del interés individual, sumado algebraica o vectorialmente, no sería sino la sublimación moderna del instinto primitivo de aniquilación del prójimo.

La libre concurrencia era considerada por muchos de los sociólogos politécnicos la prueba del nuevo desorden social (la nueva *feudalidad industrial y financiera* y el desorden o anarquía industrial que diría Considérant¹⁷) al que había que poner coto a través de la planificación social y la constitución de la nueva jerarquía social platónico-weberiana basada en una nueva tecnocracia de origen fáustico.

15 LASKI, H. J. (2002): *El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, pág. 205.

16 PICON, A.: *Les saint-simoniens. Raison, imaginaire et utopie*, Belin, Paris, pág. 55.

17 CONSIDÉRANT, V. (S.d.): *Manifiesto político y social de la democracia pacífica*, primera edición cibernética, Biblioteca Virtual Antorcha (www.antorcha.net).

En muchos casos, ya cerca del utopismo socialista/anarquista radical, la libre competencia aboca firmemente a la desvalorización y depreciación del trabajo (presión a la baja de los salarios) y a la destrucción del verdadero valor económico, eliminando las garantías mínimas de justicia y humanidad (Considérant). El conde de Saint-Simon viene a concebir un equilibrio, tan necesario como evidente, entre el capital y el trabajo que será la raíz del nuevo consenso social (el trabajo *ordenado* smithiano); pues para los utopistas radicales el capital no tendría contrapeso en el flujo de la libre competencia. La utopía politécnica, especialmente la saintsimoniana y comteana, en el fondo, concibió la estática y el orden social a través de una cruzeta de dos ejes: entendieron la *verticalidad* de la sociedad a través de la concepción jerárquica socrático-platónica, y consideraron su horizontalidad a través del *infinitismo* y panteísmo (economía de redes, integración y federación en aras de un orden mundial, etcétera) de la filosofía spinozista.

Los saintsimonianos tienen otras ideas bien diferentes de la organización de la sociedad del porvenir, una sociedad que debería basarse en la organización consciente y planificada del trabajo (la asociación libre de los hombres en el trabajo) y en el reparto de los factores productivos (tierra, capital, máquina, etcétera) entre las fuerzas laborantes e industriales, y no en el equilibrio mecánico y espontáneo del mercado y de la libre competencia.

Los politécnicos, en general, vertebraban y estructuraban su pensamiento a través de una concepción organicista de la sociedad, en tanto que los economistas liberales, por el contrario, lo hacían a través de una concepción mecánica o mecanicista. No obstante, los saintsimonianos no llegaron a vislumbrar una colectivización absoluta de la economía, ni mucho menos. Pero sí pronosticaron, en cierto modo para alentar a los industriales a asumir su papel histórico en la sociedad, el fin de la política por la economía, es decir, por la organización de la producción.

A la concepción fisiócrata que fundamentaba la riqueza de las naciones en los recursos naturales y en la agricultura, los saintsimonianos, y se puede decir que los politécnicos en general, imbuidos por la euforia del progreso del conocimiento en el ámbito de la ingeniería, opondrían ya la concepción de la riqueza basada en dos pilares esenciales: la *creencia*, el estado de las ideas del espíritu comteano, que se transmitirá a las costumbres, y de éstas a las instituciones, y la *organización*; dos *bienes* intangibles que, a partir de la Revolución industrial, irían definiendo la brecha originada entre los países desarrollados y los países subdesarrollados (ricos en recursos naturales). Era el fin de la era fisiocrática y el inicio de una nueva concepción de la riqueza de las naciones, menos patrimonialista o estática y mucho más vertebradora o dinámica.

Auguste Comte, por su parte, y tal y como hemos advertido, conocía igualmente la economía política, pero minimizó sus efectos como disciplina que pudiera aportar una solución definitiva al estado de la sociedad postrevolucionaria, pues, entre otras muchas objeciones que planteó sobre la economía política, el *homo oeconomicus*, para él, era una mera e intrascendental



abstracción, y la aritmética de las utilidades de los placeres que ideara Bentham, y que fuera desarrollada por las *teorías de la elección racional*, era manifiestamente inviable: el hombre no tiene capacidad individual para realizar este cálculo sobre el que se apoya el bienestar de las sociedades a partir de la economía política clásica. E, incluso en el caso del conde de Saint-Simon, el predominio y privilegio de la economía sobre la política, o lo que es lo mismo, la subsunción lógica de ésta en aquélla, no coincidía con la concepción de la patrística escocesa e inglesa de la economía política. Éstos se centraron en el mercado, como una fórmula espontánea de libertad y democracia, y los saintsimonianos se centraron en la producción y en la organización (industrial) como una actividad que necesariamente requería de la planificación social proactiva: la sociedad-fábrica saintsimoniana, y, por extensión, politécnica.

Destutt de Tracy, como buen ideólogo, también redujo *insiemísticamente* el ámbito de la política al campo mucho más aglutinador de la economía, porque es ésta a la que pertenece la *obligación* de solucionar los problemas y las necesidades del bienestar (material) de los hombres. Indiscutiblemente coincidía con el conde de Saint-Simon en los objetivos, pero no en los instrumentos o en los medios a utilizar. Para Destutt de Tracy el papel de la política quedaría reducido a la mínima expresión, propio de la tendencia limitativa del pensamiento liberal; para el conde de Saint-Simon, por el contrario, la política no queda reducida a la mínima expresión, sino que su papel es asumido íntegramente desde el punto de vista orgánico por la economía, por la organización industrial planteada de forma jerárquica y tecnocrática en la utopía de la sociedad-fábrica.

En primera instancia, era la economía política la que asumía la responsabilidad explicativa de las interacciones del conjunto de los hombres en una sociedad. Con la aparición de la sociología, Auguste Comte quiso abrir una brecha quirúrgica irreversible y difícil de restañar entre ambas disciplinas; prerequisite fundamental y necesario, según el filósofo y sociólogo positivista, para que la sociología prospere como ciencia autónoma y manifiestamente superior en la jerarquía de las ciencias y de las disciplinas y saberes científicos. Sólo la sociología, prelativamente hablando, podría aportar una teoría del consenso, basada, en el caso politécnico, en el mundo espiritual, y no tanto en el mundo material, de ahí que la Revolución industrial sea concebida por los politécnicos más una revolución del ámbito del espíritu que del propio ámbito de los bienes y cosas materiales o de la confrontación de los vectores económicos.

En el pensamiento de Auguste Comte, al contrario de la concepción posterior marxiana, las ideas constituyen la infraestructura del orden social, y el mundo material sería la gran superestructura en la que se pondrían a prueba la fuerza de las distintas ideas en liza. Para Auguste Comte, el hombre es sociable por naturaleza, y el consenso (el orden) es la fuente del progreso. La búsqueda obsesiva del consenso en una sociedad que se disgregaba irreversible y entrópicamente por los fenómenos revolucionarios recientes y coetáneos, tanto en el *ordo* espiritual como en el *ordo* material, le hace caer en profundas ambigüedad y contradicciones en el ámbito de su reflexión.

En efecto, la búsqueda del consenso y de la unanimidad, que el conde de Saint-Simon asociaba a la materialización de la sociedad industrial y del industrialismo/positivismo como filosofía de vida extensiva a todos los ámbitos sociales, espirituales y materiales/productivos, en Auguste Comte es más compleja y proactiva, traicionándolo en muchas ocasiones y provocando la deriva de su pensamiento y talante hacia fórmulas ilustradas muchos más extremas (la ilustración por competencia), hacia fórmulas autocráticas, y, si se me permite el anacronismo, hacia fórmulas propias de *pensamiento único* y de despotismo ilustrado extremo (la ventaja de un pueblo ingnorante, la delegación de la razón ilustrada a favor de determinados hombres sabios y competentes, los inconvenientes de una formación y de un sistema escolar masivo, etcétera).

En un mundo en dispersión y creciente *entropía* social, debidas a la división del trabajo material e intelectual, a la profunda especialización que estaba acaeciendo en todos los ámbitos, a la difusión masiva de la instrucción pública (él fue uno de los fundadores de la *Association polytechnique pour l'instruction populaire*), a la aparición de la opinión pública como un nuevo juez en la historia de la ideas y de los hechos materiales, consideraba fundamental forzar el consenso y la unidad que la libre concurrencia de la economía clásica no podía garantizar. La vía autoritaria y tecnocrática de resolución del problema del consenso sólo estaba a un paso, y su teoría política, o teoría del gobierno, basada en la búsqueda del consenso y de la unidad de la sociedad, como si fuera una nueva ley gravitacional, estaba ya definida en beneficio de una nueva concepción de la sujeción política. Y todo, establecido sobre el mandato de las ideas.

En efecto, el orden prelativo para el conde de Saint-Simon era el siguiente: los espíritus, las costumbres, las instituciones. La prioridad no está en la reforma de las instituciones, sino en la reforma de las mentes de los hombres, en la reforma de las ideas que gobiernan el mundo, y, en concreto, el mundo social. Para esto, en el pensamiento de Auguste Comte, los elementos de emancipación de raigambre ilustrada (la educación, la ciencia, la filosofía crítica...) se convierten en elementos de tiranía por miedo al desorden (*entropía* social) y al peor enemigo de las sociedades postrevolucionarias: la anarquía. Y la anarquía, como se puede alumbrar, es el desorden de las ideas y de las costumbres (el pluralismo), no el de las instituciones.

Auguste Comte, siguiendo con la tradición jerarquizante de los saberes de D'Alembert y Destutt de Tracy, ubicaba a la sociología (la ciencia más concreta), desde el punto de vista explicativo y planificador, prelativamente muy por encima de la economía política y, por supuesto, del resto de ciencias o ramificaciones o especializaciones del saber.

De hecho, un conocido discípulo de Comte, pionero en la historia del pensamiento económico (su obra más relevante es *A History of Political Economy* de 1888), Juan Kells Ingram, «redujo la economía a un “solo capítulo” de la grande y comprensiva ciencia de la sociología, y adujo como razón que ningún hecho social puede considerarse aislado de su cuadro histórico»¹⁸. Si el conde de Saint-Simon, Auguste Comte y los sociólogos y economistas politécnicos

18 FERGUSON, J. M. (1948): *Historia de la economía*, Fondo de Cultura Económica, México, sexta reimpresión de la primera edición en castellano de 1948, pág. 140.



consideraban que eran aplicables las ciencias naturales y su acervo metodológico a las ciencias sociales, los padres de la economía política inglesa/escocesa mostraban abiertamente sus reparos según su concepción *nesciente/falsacionista*.

La sociedad para Auguste Comte era, si se pudiera traer el símil de la psicología, un fenómeno eminentemente *gestaltico*, un complejo en el que las partes están íntimamente relacionadas, y donde los fenómenos sociales, claramente en mutua dependencia. «Las tendencias filosóficas y religiosas de una época, sus creaciones artísticas y literarias, su tecnología y sus instituciones políticas y económicas no son cosas que permanezcan simplemente unas al lado de otras, sino que forman un todo integrado. Están vinculadas por procesos de interacción, por lo cual cualquier cambio profundo en un sector va acompañado por cambios afines en los otros sectores, cambios éstos que pueden ir por delante, rezagados o coincidir en el tiempo. Con esta teoría del consenso, el fundador de la sociología intenta terminar con la existencia de todas las ramas especializadas de la ciencia social, otorgando a una sociología, que abarque a todas ellas, la única llave que puede revelar las leyes que regulan la vida en la sociedad. (...) En cuanto a la economía política, Comte la censuró basándose en su teoría del consenso y en la necesidad de la inducción»¹⁹, en aquel método que alumbrara en el mundo moderno Francis Bacon y que Popper y la Ilustración austriaca tanto criticarían frente a un deductivismo *falsacionista* (una verdad siempre provisional y efímera que inaugurara el antifijismo lamarckiano), basado en la *humildad* intelectual de índole metodológica y de resabios socráticos y delficos, y enfrentado abiertamente a la *hybris* fáustica basada en la omnipotencia de la ciencia y del saber tecnológico. Esta teoría del consenso de Comte, a la que se referiría Spiegel, no recoge sino la idea de la «interdependencia de todos los fenómenos sociales».

No obstante, lo que sí parece cierto es que la idea de la complejidad de las nuevas sociedades que asume el padre del positivismo vendría del análisis de la economía política, especialmente del *tableau économique* de los fisiócratas, y que más tarde, como también advierte Spiegel, tendrá efectos en el equilibrio general de Walras. La complejidad, obviamente, se verá acrecentada por los nuevos procesos sociales postrevolucionarios y por la aparición de un nuevo *excedente* procedente de la nueva escala industrial y de la generalización del intercambio (la ampliación natural de los mercados y de los flujos económicos). Aunque reconociera ciertos logros en el ámbito de la nueva disciplina del análisis económico, la teoría del consenso la relegaría sustancialmente por su parcialidad y por su carácter *metafísico*²⁰.

La concepción politécnica de la sociedad era abiertamente organicista. La sociedad no podía ser interpretada, y, por supuesto, tampoco podía ser inteligida como un compuesto o como la simple suma algebraica de las acciones individuales de los hombres librevolentes. Se trata de un organismo que evoluciona y se adapta a los nuevos tiempos y a los nuevos retos. El

19 SPIEGEL, H. W. (1986): *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*, Omega, Barcelona, pág. 451.

20 SPIEGEL, H. W. (1986): *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*, Omega, Barcelona, pág. 470.

nuevo orden, basado esencialmente en el incipiente y creciente desarrollo industrial, según los sociólogos politécnicos, permitiría reunir el mundo de las ideas (la metafísica) y el mundo real (la materia) a través de la *ingeniería* (social). La ciencia, y, consecuentemente, la industria, llegan a ser unos grandes elementos de conciliación de la realidad con el pensamiento; y, además, un elemento concomitante, si bien no conciliador, entre las dos ramas *ideológicas* que se están dispersando a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Yendo aún más lejos, la industria, según el propio conde de Saint-Simon, debe contribuir al consenso de las clases sociales (que emergen paradójicamente del propio industrialismo y del propio proceso de industrialización); debe unir a éstas frente a la naturaleza; y el gobierno, el poder, se transformará en una mera labor de administración técnica de los ciudadanos. Por su parte, en el orden y en la utopía comteana, realmente *clasista*, no hay posibilidad para la igualdad de todos los hombres o de todos los ciudadanos. En el más estricto sentido socrático-platónico, el buen orden de la polis (o de la ciudad industrial para Comte) precisa de distintas clases sociales, supeditadas a diferentes funciones que conjuntamente son armónicas y estables. La diversidad de clases, por consiguiente, no impediría la armonía en la sociedad positiva y la resignación, igualmente positiva, de las clases más desfavorecidas. «No hay que esperar (...) oposición alguna del proletariado: un misticismo naturalista supone inspirados a los incultos y cierto optimismo psicológico y moral, o simplemente, una absoluta falta de sentido de la realidad característica en los utopistas, le haces suponer, sin más, la “madurez” del pueblo para aceptar el positivismo»²¹.

En definitiva, lo que Karl Popper ve de disenso o de crítica en la ciencia, los sociólogos politécnicos lo ven de consenso y armonía. La propuesta de Auguste Comte en su utopía científica es una dictadura republicana²² en la que el Estado es absoluto pero paternalista, por lo que evita cualquier tipo de explotación humana. Encontramos aquí una extrema radicalización del despotismo ilustrado basado en la ciencia y en una concepción jerárquica de la sociedad.

Los mecanismos que estudia la economía política a partir de la eclosión de la división del trabajo (término acuñado por Bernard de Mandeville) y del desarrollo industrial garantizarían una distribución justa y equitativa, una distribución simultánea del *excedente*. Una prueba de esta concepción de simultaneidad en el reparto se puede ver en David Hume y en John Stuart Mill, los dos mayores filósofos del mundo según Ludwig von Mises: ambos «se tomaron el trabajo de trazar un bosquejo de los cambios inflacionarios en que la subida de los precios y de los salarios ocurre al mismo tiempo y en el mismo grado respecto a todos los artículos y servicios, pero fracasaron. La teoría monetaria moderna nos ha proporcionado la irrefutable demostración de que esta desproporción y falta de simultaneidad son características inevitables de todas las variaciones en la cantidad de dinero y de crédito»²³.

21 ATENCIA, J. M. (1995): *Hombre y ciencia en A. Comte*, Ágora, Málaga, pág. 206.

22 LAGARIGUE, J. (1937): *La dictature républicaine d'après Auguste Comte*, Rio de Janeiro.

23 MISES, L. V. (2002): *Gobierno omnipotente. En nombre del Estado*. Unión Editorial, Madrid, pág. 362.



Más adelante, con la *ramificación* ideológica, de carácter netamente arborescente, que se producirá con la economía política y el pensamiento social de la *École Polytechnique*, asistiremos a la radicalización de dos concepciones distintas de distribución del *excedente* económico y social: una solución de asignación *conmutativa*, y otra solución de asignación *distributiva* o basada en un régimen estructurado según el canon del despotismo ilustrado (así era, *mutatis mutandis* y a grandes rasgos, la utopía comteana), organizado por los industriales y en una suerte de meritocracia²⁴ burguesa. La primera reflejada en la tradición liberal de la economía política, en el orden espontáneo de las instituciones (como el ejemplo que pone Mises: el dinero); y la segunda en la tradición planificadora y organicista de la tradición politécnica, es decir, en la sociología constructivista que denuncia Mises, Menger y los economistas austriacos.

El conde de Saint-Simon creyó sincera e ingenuamente, en cuanto mecenas, utópico y filántropo nato, que habría un *positivo* consenso interclasista a la hora de concebir el reparto del *excedente* (económico y social), siempre de carácter simultáneo, que necesariamente surgiría de la expansión del desarrollo industrial (la nueva escalabilidad absoluta y el desplazamiento de la curva de la frontera de posibilidades de producción) y que sería el pilar fundamental de la acumulación (la reinversión), el crecimiento económico, y, lo más importante, la organización definitiva y racional de la sociedad. Su error no fue exagerar el *excedente* de la industria; de hecho, el *excedente* fue una realidad entonces y ahora. Su error o limitación fue no llegar a entender de forma clara la dinámica del incipiente sistema capitalista que era alimentado y exacerbado por dicho *excedente* y por la Revolución industrial y tecnológica. Esta falta de comprensión, junto a la concepción de que es posible trasladar milimétricamente *lo natural* a la sociedad, lo llevaron, asimismo, a caer en importantes errores metodológicos, de escala y de concepto, y, por supuesto, a incurrir en sus célebres contradicciones argumentales y discursivas, por no mencionar todo el anecdotario quimérico/utópico de su labor memorialística.

El *excedente* o incremento de la productividad económica y social, existía de forma manifiesta en los orígenes y en la consolidación de la Revolución industrial (1780-1830). La euforia *fáustico-cientista* de los ingenieros, sociólogos y tecnócratas politécnicos relativa a la sociedad no podía concebirse sin la euforia de un *excedente* económico y social que permitiera la obtención de *recursos* para la planificación de la sociedad y abordar la gran formación de capital público (económico y social) que requerían las sociedades avanzadas e industrializadas, es decir, para acometer las grandes obras colectivas que concibieron los ingenieros politécnicos, algunas racionales, y, otras, desproporcionadas, extravagantes, ilusas y alocadas. En el capítulo relativo al origen de la Revolución industrial, perteneciente a su obra *Industria e imperio*, lo comenta explícitamente Eric J. Hobsbawm: «El país había acumulado y estaba acumulando un excedente lo bastante amplio como para permitir la necesaria inversión en un equipo no muy costoso, antes de los ferrocarriles, para la transformación económica. Buena parte de este excedente se concentraba en manos de quienes deseaban invertir en el progreso econó-

24 COLLER, X. (2003): *Canon sociológico*, Editorial Tecnos, Madrid, pág. 66.

mico, en tanto que una cifra reducida pertenecía a gentes deseosas de invertir sus recursos en otras instancias (económicamente menos deseables) como la mera ostentación»²⁵.

Dicho *excedente*, además, será reconocido por Wrigley como una característica distintiva de la Revolución industrial: «La característica distintiva de la Revolución industrial, que ha transformado las vidas de los habitantes de las sociedades industrializadas, ha sido un aumento amplio y sostenido de los ingresos reales per cápita. Sin un cambio de este tipo, el grueso del total de ingresos se hubiese seguido gastando necesariamente en alimentos y el grueso de la fuerza de trabajo hubiese seguido, por lo tanto, empleada en la tierra»²⁶. Dicho aumento (incremento de la producción por encima del incremento de la población) será concebido por los sociólogos politécnicos, y en parte por los economistas políticos, como el gran instrumento de consenso entre las clases sociales, permitiendo su alianza definitiva a fin de controlar la naturaleza y extraer el *excedente*. Creyeron realmente en un extrañamiento del *excedente*, erradicado de las relaciones sociales o relaciones de producción o de clase, y ubicado en el seno de la naturaleza. Más tarde Marx colocará el excedente en el núcleo de las relaciones de producción, en el núcleo de las relaciones de clase, constituyéndose en un elemento de disenso y, por consiguiente, de conformación y de predisposición ideológica. La distribución del *excedente* de la nueva sociedad-fábrica (el excedente básicamente industrial, procedente de la organización y la división del trabajo) será el gran debate del pensamiento socialista posterior.

La consolidación del *excedente* se fue efectuando históricamente a través de, como las llama Flórez Estrada, tres sistemas económicos o tres revoluciones consecutivas, que han tenido unos efectos realmente profundos en la historia del pensamiento económico, y que fueron acuñadas con «los nombres de *Sistema Mercantil o de Colbert*, *Sistema Agrícola o de Quesnay*, y *Sistema Industrial o de Smith*»²⁷. Los sociólogos politécnicos entenderán este último *sistema* como la gran revolución del *excedente*, del mismo modo que lo entendieron los padres de la incipiente economía política a partir del incremento de la productividad acaecida por la división del trabajo y por la incorporación de *fuerzas motrices superiores* a los procesos productivos en la nueva sociedad.

Si la economía política fue más laxa a la hora de interpretar las interacciones de los hombres en sociedad, basándose en los intereses de la burguesía y en el protoliberalismo que encerraba la nueva disciplina que armaría formalmente Adam Smith, la sociología, en este sentido, fue mucho más estricta y más ambiciosa desde el punto de vista metodológico. La economía política mantenía un acusado carácter de orientación *atomista* o *psicologista*; en tanto que la sociología quería trasladar el macrocausalismo de la ciencia y del Universo a la sociedad en su conjunto, rechazando la introspección de la psicología y abriendo el camino a futuras variedades neopositivistas, como el panfiscalismo y el behaviorismo, que en palabras

25 HOBBSAWM, E. J. (2001): *Industria e imperio. Historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*, Crítica, Madrid, pág. 37.

26 WRIGLEY, E. A. (1996): *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la Revolución industrial inglesa*, Crítica, Barcelona, pág. 20.

27 FLÓREZ ESTRADA, A.: *Curso de economía política*, Atlas, Madrid, 1958, pág. 6.



de Mises, constituirían un ataque frontal a la economía²⁸. La sociología, por tanto, que nacía de una ambiciosa y desmedida (para sus recursos e instrumentos) tentación omnicomprendiva y holística, debía basarse en la observación, en los hechos *positivos*, y no en la metodología propia de las ciencias de índole especulativa. No obstante, esta pretensión que parecía netamente progresista, se transformó con el tiempo en una actitud netamente conservadora y retrógrada.

Además, y en otro orden de cosas, la disciplina de la economía política, que acababa de nacer, acogió en gran medida el ideario del derecho y de la ley natural y del deductivismo moral a pesar del empirismo y de la concepción anticausalista de David Hume y de la Ilustración escocesa. La economía política «continuó siendo baluarte de la ley natural hasta bien entrado el siglo XIX»²⁹, en mayor medida para los economistas clásicos que siguieron a Smith que para el propio Smith. El positivismo politécnico, por el contrario, relativizaría la ley natural y los fundamentos del derecho natural a partir de una concepción inductivista de índole baconiana.

28 MISES, L. V. (2003): *Teoría e Historia. Una interpretación de la evolución social y económica*, Unión Editorial, Madrid, pág. 261.

29 SABINE, G. (1986): *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, pág. 439.